

# SAINETE

## LOS PALOS DESEADOS.

### PERSONAS.

Don Anastasio.  
Rosaura.

Don Pedro.  
Perico.

*Calle corta con puerta transitable. Salen Don Anastasio trayendo como por fuerza á Rosaura, y despues don Pedro acechándolos.*

Anast.—Anda, sobrina, y no vayas  
volviendo atrás la cabeza;  
las mujeres de tu clase  
que en la calle se presentan,  
han de ir con modo.

Rosau.—¡Jesús!  
¡y qué tío tan postema!  
si voy de prisa, se enfada;  
si ando despacio, pateas;  
si vuelvo la cara, gruñe;  
y si me rio se emperrea.

Anast.—Ven, muchacha.

Rosau.—Poco á poco,  
que este zapato me aprieta.

Anast.—No vuelvas atrás la cara.

Rosau.—¡Dale con la impertinencia!

Anast.—Vamos, anda.

Rosau.—¡Ay, mi abanico!

Pedro.—Señorita, pues mi estrella  
me proporciona esta dicha,  
vuelva usted á tomar su prenda  
de la mano de un criado,  
que complacerla desea.

Rosau.—Conózcame usted tambien  
por su servidora, y crea  
que estoy tan agradecida...

Anast.—Calla y no digas simplezas.  
Caballero, yo os estimo  
la atencion. No te detengas.

Rosau.—Esta es mi casa, y así  
puede usted favorecerla  
cuando guste.



Anast.—Anda, demonio.

Rosau.—No quiero ser desatenta.

Ay, mi zapato!

Anast.—¡Tú quieres  
acabarme la paciencia!

Pedro.—Perdone usted, señorita,  
que ose á tomar mi fineza  
este gracioso despojo  
de un piecesito que...

Anast.—Venga:

¡Usted viva muchos años!

Rosau.—Hay muy pocas escaleras,  
suba usted.

Anast.—Ven, picarona,  
ó te rompo la cabeza.

Rosau.—Mi mantilla, mi mantilla.

Pedro.—Este criado la lleva.

Anast.—No señor: démela usted.

Rosau.—Deje usted que suba.

Anast.—¡Perra!

yo haré que tengas juicio.

Rosau.—Que me se caen las medias.

*Entran á la puerta, ella como por fuerza.*

Pedro.—¡Qué infeliz soy! no he podido  
entender ninguna seña,  
ni tampoco preguntarla  
á qué hora podré verla.  
Si viniera mi Perico  
es dable que discurriera  
alguna de sus marañas  
para lograr lo que anhela  
mi corazon: mas él viene  
si yo no me engaño...

Al bastidor Perico.—Bestias,  
zoquetes, zotes...

Pedro.—¡Perito.!

Perico.—Bolos, tarugos, badeas;  
todos sois unos borricos,  
y si os pillara en la escuela  
de Salamanca...

Pedro.—Perico,

¿qué viene á ser esa arenga?

Perico.—Yo iré á casa por armas...

Pedro.—¿Y para qué son? sosiega:  
¿hombre, estás endemoniado?

Sale Per.—Señor, la barba me tiembla.

Pedro.—¿Con quién dabas estas voces?

Perico.—¿Con quién? con una caterva  
de estudiantes, mas jumentos  
que toda mi parentela

Pedro.—¿Y no podremos saber  
sobre qué era la contienda?

Perico.—Sobre cierta contusion.

Pedro.—Conclusion dirás, gran bestia.

Perico.—Sí señor, eso seria,  
porque gritan y vocean  
sin parar jamás.

Pedro.—¿Y acaso  
sabes tú de controversias?

Perico.—No he de saber, si anduve  
diez meses en esa gresca.

Pedro.—¿Pero dónde has estudiado?

Perico.—En Salamanca, esa tierra  
donde con una sotana  
y un manteo de bayeta,  
sabe un hombre mas latin  
que cualquier gata maltesa.

Pedro.—¿Conque has cursado las aulas?

Perico.—Y las cursaba de perlas,  
porque las llevaba el agua  
con una mula bermeja.

Pedro.—Acabarás con mil santos.

Perico.—Pues no lo tome usted á fiesta.

¡Oh! si usted hubiera visto  
siempre que entraba en la escuela,  
¡cuántos tomates en fóllo  
llovian en mi cabeza!

Ya se ve, ¿no he de tener  
los cascotes llenos de ciencia,  
si por más de cien chichones  
me reventaban las letras?

Pedro.—Cada letra de las tuyas  
es mayor que una carreta.

Perico.—Pues dígame usted: ¿primero  
qué es, la forma ó la materia?

Pedro.—La materia, bruto.

Perico.—¡Vaya! ¡Usted es un niño de teta  
para mí! ¿Y por cuántos años,  
ya que usted tanto me aprieta,  
ha estudiado?

Pedro.—Diez y ocho.

Perico.—¡Que lástima que lo fueran  
los diez y nueve cabales!



Pedro.—¿Bestia, y por qué?

Perico.—Porque fuera usted el macho más bien adocinado.

Pedro.—¡Babieca!

Perico.—¡Si dice usted que primero y ante todo es la materia, siendo primero la forma! Y si no, voy á la prueba: el otro día corriendo, tras de una moza gallega por la calle con tal furia tropecé con una piedra, que el zapato, del dolor se le descosió la suela.

Pedro.—¿Hombre, qué tiene que ver el zapato con la ciencia?

Perico.—Deje usted que yo concluya y verá la consecuencia.

Pues señor; el remendon al punto que con la lezna le dió en la herida sus puntos, me pidió media peseta por la cura; yo le dije en castellano seis letras, que es *ladron*; pero irritado, llevó á mal la cuchufleta, y enarbolando la forma, sin andar en etiquetas de recibe ni te pego, me la tiró á la cabeza. Ya se vé, yo quedé absorto de contemplar su franqueza, y haciendo dos cortesías fui casa de un casamuelas, con la boca muy cerrada, pero la mollera abierta. Mire usted, despues de hacer en la triste calavera un calvario, me sacó entre la sangre una flema que parecia agua blanca.

Pedro.—Eso seria materia.

Perico.—¿Y por qué materia se hizo?

Pedro.—¿Qué pregunta tan discreta! Por el golpe de la forma.

Perico.—Pues siendo de esa manera, pruebo: con que *zapaterus*

*tirabit formam in testam,  
et cirujanis sacabis  
cum ferro materian mean,*  
luego primero es la forma,  
y despues es la materia.

Pedro.—Tienes razon; mas dejando disparates que molestan, bien sabes que por Rosaura padezco indecibles penas: que la adoro, la idolatro..

Perico.—Pues cásese usted con ella.

Pedro.—Contigo yo...

Perico.—¿Qué decis?

Pedro.—Digo que enviarla quisiera un billete, por saber á qué hora podré verla.

Pedro.—¿Y que por darla el papel el viejo me dé sesenta garrotazos? Yo no voy.

Pedro.—¡Harás por mí esa fineza!

Perico.—Seguro está.

Pedro.—¿Pues qué temes?

Perico.—Los palos que el tío me diera, que es un diablo.

Pedro.—Te prometo como tal cosa suceda, el darte por cada palo un peso duro:

Perico.—Ya es esa otra cosa deje usted: que ántes ajuste la cuenta. Yo valdré puesto en Argel lo más, más, unos cuarenta pesos; que á cada costilla le tocan cuatro pesetas: la mas endeble podrá resistir si se ofreciera, salvo sea el lugar, diez palos, que entre catorce es friolera lo que les toca; demás, el espinazo se lleva la tercer parte, y si baja la mano por la trasera, hay otro sugeto más con quién partir: vaya, venga ese papel, que diez palos es un quebrado á mi cuenta.

Pedro.—Pues ven y te le daré. *Váse*



Perico.—Hoy me harto: Santa Teresa!  
 ¡un duro por cada palo!  
 Si á este precio se vendieran,  
 no digo yo, pero muchos,  
 vestidos de grana y sedas,  
 sobre el banco de sus lomos  
 girarán todas sus letras. *Váse.*

*Salon, y sale don Anastasio deteniendo á Rosaura.*

Rosau.—Déjeme usted.

Anast.—Yo no quiero  
 que te asomes á la reja.

Rosau.—¡Pero por qué!

Anast.—Porque eres  
 tan descarada y tan bestia  
 que á todos los que te miran  
 les haces al punto muecas.

Rosau.—Pero si todos me dicen  
 que soy bonita; ¿no es fuerza  
 que me ría y que les dé  
 las gracias? ¡pues está buena!

Anast.—Eso lo dicen por burla.

Rosau.—Vaya, vaya, usted chochea.

Pues mire usted, aquel mocito  
 que cerca de nuestra puerta  
 llegó á darme el abanico,  
 me habló ayer en la alameda,

A—y si viera usted qué cosas  
 me dijo!...

Anast.—¡Pero gran bestia!

¿qué te dijo? vaya, dílo.

Rosau.—Si fué un paso de comedia.

Mire usted, primeramente,  
 torciendo así la cabeza,  
 me miró con unos ojos  
 tan tiernos... si no me deja  
 la risa...

Anast.—Vaya, babosa,  
 ¿qué te dijo? no me muelas.

Rosau.—Me dijo: dulce bien mio,  
 mano mia, amada prenda,  
 yo espiro por esos ojos  
 de fuego, por esas cejas  
 de azabache y esa boca  
 mas pequeña que una almendra;

porque es usted tan bonita...

Anast.—Vaya, déjate de necias  
 alabanzas y sepamos,  
 en qué concluye la fiesta.

Rosau.—En que nos casamos.

Anast.—¡Cómo,  
 ¿que desatinos intestas!

Rosau.—¡Toma me pidió la mano,  
 y yo como no soy lerda  
 ni manca, qué habia de hacer  
 si no dársela?

Anast.—¡Que bestia!  
 ¿con qué se la diste?

Rosau.—Mucho:

¿y por eso usted se inquieta?  
 Muy buen provecho le haga.

Anast.—No te rompo la cabeza.  
 porque eres simple: es preciso  
 hacer hoy la diligencia.  
 de buscar á ese sugeto,  
 para lavar esa afrenta  
 con su sangre, ó con su boda.

Rosau.—Nó se hará novio de pencas;  
 porque por casarse está  
 con tanta lengua de fuera:  
 y yo, si he de hablr verdad  
 tengo unas ganas tremendas  
 de ser novia, porque usted  
 no me tenga tan sujeta

Anast.—¡Calla esa lengua maldita!  
 ¡Dios mio! mejor quisiera  
 tener por sobrina un tigre,  
 que eno una tonta. ¿Quién entra?

*Sale Perico, con un cartabon muy grande que no se vea..*

Perico.—Dios sea en aquesta casa.  
 ¿Don Anastasio Viruelas  
 no vive aquí.

Anast.—Sí señor,  
 yo soy.

Perico.—Sea enhorabuena,  
 Yo vengo...

Anast.—¿Quién es usted?

Perico.—Yo me llamo Juan de Aprieta,  
 para servirle.



Anast.—¿Y qué quiere?

Perico.—El maestro diego Lezna está en la cama algo malo, y así me ha dicho que venga á tomarle la medida *ap.* de los zapatos. (Dios quiera que me dé cincuenta palos.)

Anast.—¿Y es cosa de consecuencias la enfermedad del maestro?

Perico.—No señor; una friolera viene á ser; por todo el cuerpo le ha salido una gragea perruna, que causa risa verle tocar la vihuela. Despues, doce golondrinos le han salido en las aletas, y por el pescuezo tiene más ventanas que troneras tiene un palomar; es cierto que está hecho una blasfemia. ¡Si parece que los pobres se corrompen mas apriesa!

Anast.—Lo siento mucho: un zapato le traeré porque vea como los quiero.

Perico.—Muy bien; y de camino usted vea de sacar el mejor vino:

Anast.—¿Pues qué, mi casa es taberna? ¡Estamos buenos! *Vase.*

Perico.—Señora, este papel...

Rosau.—Venga, venga, que ya se quién me lo escribe.

Perico.—Don Pedro espera á la puerta.

Rosau.—Pues mira, voy á escribir dos garabatos siquiera para decirle que yo... que él... mi tio... que es fuerza... y que... que es preciso. y coucluiré poniendo el Requiem eternam. *Vase.*

Perico.—Vaya, vaya, que mi amo carga con gran damisela! el viejo viene: ojalá se digne darme una felpa para ganar esta plata.

Sale Anast.—Este zapato es la muestra; uidado con que la punta

sea roma.

Perico.—Enhorabuena: siéntese usted y tomaré la medida.

Anast.—Maestro, cuenta: ¡Jesús y qué cartabon!

Perico.—Con eso tomo á las Lestias la medida.

Anast.—Picaron.

¿tú tienes la desvengüenza de tratarme á mí de bruto?

Perico.—Ahora me carga de leña *ap.* De modo que como veo que tiene V. un par de tercias de pezuña, me parece que no es hacerle ofensa el llamarle á usted animal.

Anast.—Vete á la calle, y no quieras impacientarme.

Perico.—Este hombre *ap.* tiene muchísima flema, ¿Sabe V. que me da gana de pegarle en la mollera un puñetazo?

Anast.—¿A mí, perro? ¿en donde hay un palo?

Perico.—Ea, *ap.* ya va á molerme los huesos.

Anast.—Agradece á mi prudencia, que si no, con un garrote te rompiera la cabeza.

Perico.—¡Por vida de los demonios! *ap.* ¡pues está buena la fiesta! ¡Vaya que el hombre es de mármol! Pues señor, haga V. cuenta que sin queme dé esos cuartos, yo no salgo por la puerta.

Anast.—¿Qué cuartos?

Perico.—Los que me debe.

Anast.—¿Deberte yo?

Perico.—¿Usted niega lo que he dado? Si digo que es usted la quinta esencia de la indignidad.

Anast.—Bellaco, yo te pagaré la deuda con una vara.

Perico.—Por fin,



ya parece que se altera:  
¡qué gusto! lo ménos, ménos,  
sus veinte palos me pega.  
Anast. — ¡Toma, tunante!

*Hace don Anastasio, despues de tomar la vara, accion de darle, aunque no le pega.*

Perico. — Uno, dos,  
tres, cuatro.

Anast. — Tengo prudencia:  
vaya, vete, y escusemos  
desazones y quimeras.

Per. — ¡Miren con qué sale ahora, *ap.*  
maldita sea mi estrella!  
Voy á ver por otro lado.  
Si usted me toca siquiera  
con un dedo, diré á todos  
que descende de la nieta  
de Zabulon.

Anast. — ¡Yo judío?  
Toma por la desvergüenza.

Perico. — Dé usted, dé usted...

Anast. — Yo no quiero,  
porque seria una mengua  
que ponga en un vil las manos  
un hombre de mi nobleza.

Per. — ¿A que me vuelvo á la calle *ap.*  
sin ganar un real siquiera?  
¿usted noble? Vaya, vaya,  
sin duda que usted chochea:  
¿Piensa usted que yo no sé  
que fué cochera en su tierra,  
despues pregonero en Soria  
á verdugo en Antequera?

Anas. — A mí este ultraje? Atrevido,  
recibe por la insolencia. *Le da dos.*

Perico. — Uno, dos.

Anast. — Pero te dejo.

por loco, vete y no vuelvas.

Per. — ¿Y me he de ir con dos duros? *ap.*  
seguro está que me mueva.

Sale Rosau. — ¿Tío mio, qué ruido es ese?

Anast. — Este picaron, que intenta  
sofocarme.

Perico. — Ahora le pico *ap*

como no sea de piedra.

Por tí es todo, dueño mio,  
dame un abrazo, morena,  
pues sabes que te requiero.

Rosau. — Tío, tío, que se acerca:  
toma el papel. *ap.*

Anast. — Insolente.

¿este agravio en mi presencia?

Toma, infame. *Le dá cinco.*

Perico. — Tres, cuatro,  
cinco, seis, siete.

Anast. — Escarmienta,  
para otra vez. Vete al punto  
que ya mi enojo se templá.

Per. — ¿Y me he de ir sin una onza? *ap.*

Rosau. — Váyase el grande tronera.

Perico. — Yo no me voy sin decirle  
que es borracho de taberna.

Anast. — Por vida...

Perico. — Ladron, cuatrero,  
y por remate de cuentas,  
un soplon.

Anas. — Si fuera cierto,  
las espaldas te moliera.

Per. — ¿Qué haré yo para imitar *ap.*  
á este cachazudo? Fuera,  
envidemos todo el resto,  
¿A que le mojo la oreja  
con saliva?

Anast. — Indigno, vete.

Perico. — Vaya este sopapo á cuenta,

Anast. — ¡Ah perro! *Le da nueve.*

Perico. — Ocho, nueve, diez,  
once, doce, trece, (aprieta)  
catorce, quince, (¡qué punto!)  
diez y seis, onza completa.

Anast. — Ya me canso de pegarle,  
busca un diablo que te muela.

Perico. — Usted viva muchos años,  
y mande usted cuanto quiera. *Váse.*

Anast. — Este es un loco; en mi vida  
me sofoqué tan de veras.

Ros. — Qué gracioso ha estado el hombre!  
Le volvía la trasera

y usted le estaba cascando  
como a los niños de escuela.

Anast. — Vete allá dentro, bestiaza.

Rosau. — ¿A mí me llama usted bestia?



pues sepa usted que en sus barbas  
le he dado ahora una escuela  
para mi novio á ese hombre,  
con que así, si yo soy bestia  
usted no se queda en zaga. *Váse.*  
Ant.—Tú eres tonta? Una culebra?

*Váse: la calle del principio, y sale  
Don Pedro.*

Pedro.—Mucho tarda Periquillo;  
pero él viene. Y bien, qué nuevas  
me traes?

*Sale Perico de la casa.*

Perico.—Tome esta carta,  
y sobre la marcha venga  
una onza.

Pedro.—¿De qué, bruto?

Perico.—Del resumen de una cuenta  
de diez y seis garrotazos,  
que me han destrozado media  
quilla.

Pedro.—Ve noramala,  
que yo no estoy para fiestas.

*Lee.* «Dulce y estimado novio...

Perico.—No andemos en cuchufletas,  
que me echa el cuerpo más humo  
que si fuera chimenea.

Pedro.—Vete de aquí, embusteron.

*Lee.* «Estoy echando centellas  
por casarme...

Perico.—Yo las echo  
de ver que usted se calma:  
con que digo, ¿usted parece  
que se retracta?

*dr.*—No seas  
embrollon.

Perico.—¿Cómo mbrollon?  
Carambola, ¿qué, usted piensa  
que le engaño?

Pedro.—Ya se vé.

Perico.—¿A Perico tal afrenta?  
eso no: llámeme usted  
ladron, borracho, tronera,

pero jamás embusteron

Pedro.—Anda á un simple que te crea.

Perico.—Esto pasa ya de ultraje,  
y así es preciso dar prueba  
de mi verdad.

Pedro.—¿Dónde vas?

Perico.—A vindicar mi inocencia:  
que por usted he sufrido  
dos carreras de baquetas.  
¡Ah, señor Don Anastasio!  
¡Don Anastasio!

Pedro.—No vuelvas  
á gritar.

*Sale Don Anastasio á la puerta, y Ro-  
saura á la ventana.*

Anast.—¿Qué buscas, perro?

Perico.—Declare usted en conciencia  
cuántos palos me ha pegado.

Anast.—Diez y seis, segun tu cuenta,  
pero conforme á la mia  
te resto cuatro docenas.

Perico.—Si usted me los paga á duro  
recibiré más de ochenta.

¿Lo ve usted, señor?

Pedro.—Canalla,  
yo te cargaré de leña.

Rosau.—Mi novio, mi novio, tio.

Anast.—Digo; ¿Conque usted me  
inquieta la muchacha?

Rosau.—Mucho, mucho,  
que me tiene casi ciega.

Anast.—Calla, demonio.

Rosau.—Cabal:

y si por otra me deja...

Anast.—¿A que te tiro un guijarro?

Pedro.—Señor, la gracia y belleza  
de su sobrina, ha rendido  
mi corazon, el que anhela  
la dicha de ser su esposo.

Ros.—La admito aunque no lo quiera.

Anast.—Vamos, porque ese demonio  
ha de juntar á la puerta  
todo el barrio. *Se entra.*

Perico.—Señor mio,  
¿quién satisface esta deuda?



Pedro.—¡Anda noramala!

Perico.—Bien:

¿usted me paga?

Pedro.—No muelas.

Perico.—Pues señor, será preciso

devolverle á usted la leña,

y así vaya contando. *Le da*

Pedro.—¡Ah bribon, que me revientas!

Perico.—Cinco, seis, siete, ocho, nueve.

Pedro.—¡Socorro!

Sale D. Anast.—¿Qué bulla es esta?

Perico.—Es que estoy restituyendo

de garrotazos la deuda,

y pues ya no debo nada,

venga el que quiera á mi tienda,

le tomaré la medida

como la tomé á esta bestia. *Vase.*

Los dos.—¡Ah picaro!

Anas.—Si lo cojo,

lo haré zampar en la trena.

Rosau.—Tío, que quiero casarme  
esta tarde.

Anast.—Ya no hay fuerzas

para sufrirte: entre usted

para hablar de la materia.

Todos.—Y aquí se acaba el sainete,  
perdonad las faltas nuestras.

**FIN.**

MADRID:—

Despacho: Calle de Juanelo, núm. 19.